

# Artículos

## Recuperar a René Girard

José Álvaro Martín

*aula7activa*

Edita:

**AULA7ACTIVA-AEGUAE**

Barcelona, España

E-mail: [info@aula7activa.org](mailto:info@aula7activa.org) / [info@aeguae.org](mailto:info@aeguae.org)

Web site: [www.aula7activa.org](http://www.aula7activa.org) / [www.aeguae.org](http://www.aeguae.org)

Primera edición en español, 2017

**Es propiedad de:**

- © CC BY-NC-ND 2017, José Álvaro Martín
- © CC BY-NC-ND 2017, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo.

Todos los derechos reservados al autor y los editores.

- ⓘ BY: La reproducción total o parcial de esta publicación requiere la atribución de la obra a su autor y editores.
- Ⓢ NC: La obra no puede ser utilizada con fines comerciales.
- ⊖ ND: No se permite modificar de forma alguna la obra, es decir, los archivos informáticos de la obra no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra.  
El texto publicado expresa exclusivamente la opinión de su autor.

# Recuperar a René Girard

¿Es el terrorismo *yihadista* una simple imitación de la violencia que los occidentales han vertido históricamente sobre los pueblos islámicos? ¿Era el terrorismo etarra una respuesta imitativa de la violencia ejercida por el Estado centralista? ¿Fue la violencia soviética desarrollada en 1945, al liberar Berlín del nazismo, una simple emulación de la desarrollada, precedentemente, por los alemanes, intentando conquistar Rusia durante la II Guerra Mundial?

Para el antropólogo *René Girard* (1923-2015), vivimos una época de hostilidad completa e impredecible, donde los adversarios aspiran a la recíproca anulación total del contrario, imitando sus actos agresivos. Y es que, como ya señalaron San Pablo, San Agustín, Lutero, Hobbes, Freud, Kolakowski o Konrad Lorenz, los humanos no somos benevolentes *hermanas de la caridad*. Ni siquiera nos constituimos en buenos salvajes a los que corrompe un mal exterior, procedente de la vida social comunitaria (tal como propuso Rousseau). De manera opuesta, tendemos a una agresividad destructiva, al experimentar deseos que copian lo deseado y/o poseído por otros. Es lo que nos conduce al enfrentamiento: interpretamos que los demás gozan de aquello que nos falta. Les queremos emular (los biólogos hablan del papel representado por las neuronas-espejo).

Los mitos clásicos resuelven la desunión del grupo generada por estas contiendas, acusando a un falso culpable y asesinándolo. Se pasa de la situación en que muchos desean lo mismo (lo que les produce división y enfrentamientos) a unirse en el odio hacia un responsable erróneo que debe sacrificarse para que vuelva la armonía. Así, en lugar de "*todos contra todos*", se pasa al "*todos contra uno*": el odio contra el diferente une a los antiguos enemigos (el mito griego de Edipo, propone matar al protagonista para que cese la plaga sobre la ciudad).

Pero el cristianismo entiende que esta solución mítica a la violencia constituye una falsa salida. Asesinar a un culpable aparente, no resuelve los conflictos, porque se trata de sacrificar a un inocente. Si el mal no está en la víctima, debe situarse en otro lugar. La propuesta bíblica subraya un origen más realista para la violencia: son las propias pulsiones humanas quienes propenden a esa destrucción fratricida. Es absurdo buscar un culpable expiatorio, cuando todos podemos llegar a serlo. El conjunto de víctimas que padece cualquier situación violenta, no es el causante real de ningún mal. Tanto el terrorismo como las agresiones machistas, raciales, económicas o religiosas, sólo son atribuibles a tendencias albergadas por cada individuo concreto.

Es lo que acaba demostrándose –según Girard– en el Antiguo Testamento. Caín y Abel, José y sus hermanos, protagonizan narraciones donde aparece el enfrentamiento. Pero tanto Abel, como José, son defendidos de las acusaciones vertidas contra ellos. No

resultan culpables. En el sacrificio solicitado a Abraham, no se derrama la sangre de Isaac. Job sufre hasta rozar la aniquilación, pero resulta inocente (Dios no está castigando sus errores).

Finalmente, es Jesús con quien llega el escándalo a una cultura que construye su unidad, asesinando a falsos culpables. Los sacerdotes y el pueblo exigen unánimemente sacrificar a un inocente. Y ahí se desvela lo novedoso: el mal no resulta atribuible a la víctima, sino a una naturaleza humana que se desangra al estar aprisionada por instintos aniquiladores. Estamos ante la revolución del nazareno, que permite abandonar cualquier victimización tramposa y propone alternativas para romper esta máquina imparable de absurda muerte.

Porque si todos quienes padecen alguna forma de violencia: terrorista, machista, racial, económica o religiosa, son siempre inocentes, la solución no pasa por buscar falsos culpables, sino por proponer caminos para resolver de manera nueva y subversiva esos conflictos que nos descoyuntan cada día con mayor rotundidad. En ello comprometió René Girard el conjunto de su vida y pensamiento.